

SALAMANCA Y SUS HOMBRES: UNA VISIÓN DE LA CIUDAD

ANTONIO MORALES MOYA

1. LA VUELTA AL HOMBRE

Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y los años ochenta, la biografía, convertida la historia en un proceso sin sujeto, borrados los hombres en el sistema de sus relaciones sociales o anegados en una conciencia colectiva determinante de sus decisiones personales, se consideró un género agotado. La dimensión social resultaba ser lo decisivo: en las «fuerzas profundas», en las estructuras, se hacía radicar «la clave de las decisiones humanas y, por tanto, la explicación del devenir histórico». Las características singulares, individualizadas de los procesos históricos desaparecían, por tanto, sustituidas por esquemas conceptuales «a priori», abstractos, con pretensiones de perenne validez. Concluyendo: en esta «historia estructural», lo biográfico, perteneciente, como el acontecimiento, a la «superficie» de la historia, reacio a tratamiento «científico», quedará totalmente desacreditado.

En los últimos tiempos, el cambio, patentizado en la publicación de incontables biografías sobre los más diversos personajes, ha sido espectacular. Se trata, sin duda, de la presión del público, de un gran público que busca muchas veces, es cierto, la revelación escandalosa, pero que incrementa también su demanda de historia al «viejo estilo»: junto a la biografía vuelven la «historia narrativa» y la novela histórica. Mas el cambio proviene también de la propia disciplina, de la propia historia que muestra una tendencia creciente, no necesariamente opuesta a los enfoques «globalizadores», a la individuación, a ocuparse de personas singulares, de acontecimientos. Retornan la biografía y la historia narrativa, una vez que se ha perdido la fe en los modelos deterministas de explicación. Desde la libertad humana se afirma la voluntad del individuo como agente del cambio histórico, se insiste en la capacidad del hombre para protagonizar conscientemente la historia, inserto y condicionado, sí, por estructuras, mas no determinado por ellas. Por otra parte, el éxito creciente de las reconstrucciones microhistóricas parece relacionarse con el aumento, también creciente, de las dudas sobre ciertos procesos macrohistóricos, pretendidamente orientadores del cambio social, trátase del socialismo o del desarrollo tecnológico ilimitado. En último término, la tendencia a la individuación responde quizás a la vigencia actual, visible en los más diversos campos, de un

«paradigma individualista» que, en el ámbito socio-histórico, podría resumirse en una vuelta a Max Weber, a su «sociología de la acción», formulada en *Economía y Sociedad*, a su «teoría de la comprensión», fundada en Droysen y Jaspers. Se trata, en un intento de dotar de científicidad a la historia y a la sociología partiendo de un método riguroso propio, distinto del de las ciencias de la naturaleza, de «comprender desde dentro» la realidad estudiada, instalándonos mentalmente en el lugar de los sujetos de la acción social, asociándonos a sus sentimientos, adoptando su personal representación de los hechos.

Individuación, resurgimiento de la historia con personas significa entonces una vuelta al individuo, reflejo quizás de un cambio de valores. Ahora bien, ¿no se trata muchas veces de aclarar a través del individuo algo que le trasciende y que va mucho más allá de la historia particular y de sus personajes?

En realidad, la orientación individualizadora presenta diversas manifestaciones que conviene deslindar. Por una parte, se vuelve a poner de relieve el papel que el individuo sobresaliente, el héroe, o bien las élites, juegan en la historia, lo que, de alguna manera, supone una revalorización de la historia política clásica: ninguna razón teórica, señala Stone, obliga a considerar la voluntad del individuo como causa y agente del cambio social subordinándola a las fuerzas impersonales de la producción material y del crecimiento demográfico. Por otro lado, el acercamiento biográfico a la historia intenta, seguramente con más frecuencia que la acentuación del factor personal en la misma, acceder al conocimiento de la realidad social de una época, trascendiendo por tanto, lo individual, al concebirse aquel como elemento de una demostración más amplia. En este sentido, para Bernard Guenée, la historia estructural y la historia biográfica son complementarias: «El destino de un hombre puede ayudar a comprender la historia de un tiempo, pero, inversamente, sólo la historia del tiempo en que él ha vivido permite comprender el destino de un hombre». Asimismo, escribe Chaussinand-Nogaret, «Algunas personas son, a la vez, testigos privilegiados y reveladores de su tiempo. Si bien es cierto que el escritor, el filósofo, el arquitecto son producto del medio y sus referencias ideológicas, estando modelados por el conjunto de las estructuras económicas y culturales, ocurre también que ellos expresan mejor que nada esas estructuras, esas ideologías, patentes u ocultas, y si en ocasiones parecen adelantarse a su tiempo, es porque lo formulan con más claridad que sus contemporáneos. La biografía, rodeada de todas las garantías de seriedad y cuidadosa de restituir en toda su complejidad los lazos entre el individuo y la sociedad, se nos muestra como un lugar de observación particularmente eficaz». Hay que decir, por tanto, que muestra una fecundidad cierta para contemplar una época a través del destino de un hombre¹.

1. Cfr. A. Morales Moya, «Biografía y narración en la historiografía actual», *Problemas actuales de la Historia*, Terceras Jornadas de Estudios Históricos, Salamanca, 1993, pp. 229-257.

2. HOMBRES DE SALAMANCA

Era, por tanto, casi obligado que nuestra Revista abriera sus páginas, dedicándoles un número monográfico, con rigurosos estudios críticos y bien construídas semblanzas, a aquellos hombres que nacieron y vivieron en Salamanca, siquiera su dimensión personal desbordara los límites locales, y que, de diversas formas, contribuyeron a «hacerla». Una ciudad, creación humana, es ciertamente una realidad física, geográfica, material, mas es también un universo simbólico.

El autor de la *Historia de los Bandos de Salamanca* (1883) y, sobre todo, de la clásica *Historia de Salamanca* (1887), Manuel Villar y Macías, personalidad tan popular entre los salmantinos como escasamente conocida, es competentemente estudiado por Dolores de la Calle. Destaca, sobre todo, el análisis agudo y desde una perspectiva actual de la polémica suscitada por la publicación de la *Historia* con su trágico final. Pedro Dorado Montero constituye una referencia intelectual decisiva para comprender la Salamanca de finales del siglo XIX y de las primeras décadas del XX: Juan Andrés Blanco, profundo conocedor de la obra del ilustre penalista, nos da, junto con una síntesis rigurosa del pensamiento de quien fue seguramente el principal representante del positivismo jurídico en España, una visión, enraizada en la circunstancia local, del conflicto cultural, modernidad frente a tradición, del período. Desde el emocionado recuerdo familiar, Miguel y Javier Domínguez-Berrueta, evocan la figura singular, de Juan Domínguez-Berrueta, ejemplo de ese tipo «provinciano» que tan importante ha sido —y sigue siendo— en la historia española. Profesor de la Universidad, catedrático de Instituto, noble cuerpo destrozado por las sucesivas reformas educativas, Domínguez-Berrueta, matemático, teórico de la música, humanista, estudioso de nuestros místicos: San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Fray Juan de los Angeles..., supo desde el profundo enraizamiento en su ciudad —*Salamanca. Guía sentimental*, reeditada por 6ª vez en 1991, sigue siendo un libro tan hermoso como imprescindible para conocerla— abrirse a la cultura viva del momento: Unamuno, sí, pero también Ortega o Bergson. «Sobre la callada desaparición de un viejo y excelente maestro de la Universidad de Salamanca», es el expresivo título del homenaje que a la memoria de Carlos Nogareda Domenech, dedica el catedrático de nuestra Universidad, hoy jubilado, D. Fernando Galán. Nogareda, discípulo de Enrique Moles, formado en el Cambridge de Rutherford, Chadwick, Blackett, Occhialini, Aston..., profesor de «Química-Física» en Salamanca desde 1934 a 1970, vicerrector con Antonio Tovar, fue un universitario cuyo recuerdo, en tiempos de omnipotente y con frecuencia mal orientada burocracia, conviene reavivar.

Dos músicos, Tomás Bretón y Felipe Espino, vienen después. Dámaso García Fraile muestra la «relación mutua de admiración e idealización recíprocas» entre Bretón, el inmortal autor de *La verbena de la Paloma*, y la ciudad de Salamanca. Formado en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, institución a la que hay que asociar también los nombres ilustres de Francisco Asenjo Barbieri, Martín Sánchez Allú y el propio Felipe Espino, Bretón, entusiasta del folklore, de «la can-

tividad y calidad de los cantos» de su provincia, tal como expresa en su preámbulo al *Cancionero* de Dámaso Ledesma, premiado en el Concurso convocado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid en 1905, dedicará a su ciudad, volcada siempre en defensa de los intereses del maestro, el poema sinfónico *Salamanca*. El ambiente musical de la Salamanca finisecular, centrado en la Escuela de San Eloy, revive en la pluma de Sara Maillo quien ha sabido recuperar para nuestro presente la memoria olvidada de Felipe Espino.

Tres políticos: Gil Robles y dos hombres de la Iglesia, con destacada participación en los conflictos civiles de su tiempo, los obispos Cámara y Pla y Deniel. El trabajo de José Manuel Rivas Carballo, *Gil Robles y el nacimiento del bloque agrario salmantino*, recoge documentadamente la participación directa en la vida pública salmantina del que, hijo del catedrático de Derecho Político, Enrique Gil y Robles, figura notable, carlista y amigo de Giner de los Ríos y Azcárate, habría de ser líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas, la CEDA. El P. Cámara, agustino, obispo de Salamanca se nos muestra en el estudio de Mariano Esteban de Vega, excelente conocedor del ambiente ideológico de la Salamanca de la Restauración, como representante especialmente significativo de la ofensiva orientada a recristianizar la sociedad y la vida pública que tiene lugar en aquel momento. Cámara, polemista vigoroso, enérgico y activo, promotor de diversos periódicos, *La Semana Católica de Salamanca*, *El Criterio*, *El Lábaro*, como firme partidario de la utilización de los nuevos medios de propaganda al servicio de los intereses católicos, fue uno de los obispos españoles «más convencidos de la necesidad de una participación activa de la Iglesia en la vida política, y de hecho, él mismo no dudó en desarrollar una estrategia de intervención directa en las instituciones políticas locales y provinciales». El obispado salmantino (1935-1941), de Enrique Pla y Deniel, futuro arzobispo de Toledo, primado de España, sus actitudes y formulaciones más relevantes para la vida política española de aquellos años en cuanto supusieron la justificación del levantamiento del General Franco y la plena identificación con su régimen, se analizan rigurosamente por Glicerio Sánchez Recio.

La actividad económica aparece representada por Francisco Núñez Izquierdo, fundador de diversas empresas y destacada figura de la vida salmantina de fines del XIX y comienzos del XX. Presidente de la Cámara de Comercio, participó en el movimiento regeneracionista de Joaquín Costa, contribuyendo decisivamente a que el gobierno declarara oficiales las Facultades de Medicina y Ciencias de nuestra Universidad. Admirador de Castelar, fue reiteradamente concejal republicano y representa, en palabras de su biógrafo, Enrique de Sena, «...a toda una generación de comerciantes e industriales, que —llegados de otras provincias españolas— aquí arraigan, dan un fuerte impulso al comercio principalmente, crean una discreta industria auxiliar, nunca de gran volumen y contribuyen a bocetar la Salamanca del siglo XX...».

Los marqueses de Cerralbo y Castellano y la familia Soriano, Fernando Soriano ostentaría también el título de Marqués de Ivanrey, representan esas elites económicas, sociales y políticas, con bases provinciales o locales, cuyas actividades

transcenden al ámbito nacional. Miguel Sánchez Herrero estudia brevemente los orígenes de la Casa de Cerralbo para centrarse en el siglo XIX y especialmente en la figura de Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, hombre de letras, promotor de investigaciones arqueológicas, creador del museo que en Madrid lleva su nombre y político entregado en cuerpo y alma, con fidelidad de cruzado, a la causa carlista. *Semblanza de la vida y hacienda de Don José Maldonado Acebes, IV marqués de Castellanos*, titula su valiosa investigación Ramón Martín Rodrigo. Partiendo de los orígenes de la Casa y linaje, Martín Rodrigo precisa los datos biográficos más relevantes del marqués, nos muestra sus rasgos personales, para concluir con un análisis, basado en un minucioso trabajo de archivo, de su enorme fortuna, que es, a la vez, el estudio de una mentalidad y de un estilo de vida. Combinando la microhistoria y la orientación interdisciplinar, Javier Infante estudia el ascenso social de una familia, los Soriano, que, partiendo de modestos orígenes, en el curso de tres generaciones alcanzará la cumbre: grandes propiedades, dignidad senatorial, título nobiliario. *Mulas, desbesas y otros negocios: los Soriano (1824-1928)*, expresivo título, constituye una aportación relevante a una historia de Salamanca que, considera el autor, está en buena medida por hacer.

Antonio Pérez Tabernero cuenta su vida contiene la entrevista que hace ya casi cuarenta años hiciera Marino Gómez Santos al prócer salmantino. De carácter muy distinto a las documentadas investigaciones que venimos reseñando, entendimos, sin embargo, que valía la pena recuperar un viejo texto que, con acierto psicológico y garbo literario, nos muestra la figura de un ganadero de reses bravas, de un caballero del campo, cuyo nombre, nos dice el periodista, «no se comprende sin ir precedido del don».

3. LA CIUDAD Y SU CRISIS

- «Las ciudades no se parecen a ningún fenómeno natural, porque son creaciones artificiales, aunque de un género curioso, integradas por elementos debidos tanto a la voluntad consciente como al azar y controlados imperfectamente. Si hemos de referirnos a la fisiología, a lo más que se parecerá una ciudad será a un sueño» (Joseph Rykwertz).
- «El malestar urbano lo ha invadido todo, sin embargo hay un futuro posible para la ciudad: ser uno de los lugares más atractivos y emocionantes del mundo. Encontrar la fórmula para lograr ese futuro es el gran desafío» (Ralf Dahrendorf).
- «La ciudad es como una casa grande» (Rafael Alberti).
- «Siempre que os hablo de mi España, de cualquier cosa os estoy hablando de Salamanca» (Miguel de Unamuno).

Nos hemos referido ya a la ciudad como espacio simbólico, a algunos de los hombres que «hicieron» Salamanca... Parece, pues, necesario detenernos a pensar en la ciudad, en el inagotable «hecho urbano», hoy en una expansión muchas veces

incontrolada² que, borrando la vieja oposición rural/urbano³, tan relevante históricamente, suscita, junto a los interrogantes, las más graves inquietudes⁴. En este sentido, Doxiadis hablará de «agonía de las ciudades»⁵; Fernández Alba, de la tragedia de «los ciudadanos sin ciudad»⁶; Bofill, de la falta de control de los problemas urbanos como una de las grandes tareas de la civilización actual⁷; Baker, refiriéndose a Madrid, de las consecuencias catastróficas de la especulación⁸, del colapso de los servicios colectivos, de un paro masivo con su secuela de degradación social, de inseguridad ciudadana⁹... y, recientemente, Castro abominará del urbanismo «fonctionnel» y «totalitaire» de los años 30 y del «délire rationaliste» de la postguerra¹⁰. Las ventajas, en fin, que supone vivir en algunas de las metrópolis de nuestro tiempo, tal Nueva York, la «capital del Imperio», supone pagar un duro precio¹¹.

Es claro, sin embargo, que la conversión de la ciudad en ámbito especulativo la ruptura del «lugar urbano», no se refiere sólo a las grandes urbes, al alcanzar a la ciudad antigua, a las pequeñas o medianas poblaciones, a sus formas de vida y a su patrimonio artístico, a sus centros históricos¹², sometidos a un continuado proceso

2. En el informe anual sobre el *Estado mundial de la población* del Fondo de las Naciones Unidas para las Actividades en materia de Población (FNUAP) de 1986, se señala que, a finales del siglo, los habitantes de las ciudades superarán al resto de la población mundial, situándose en el Tercer Mundo 17 de las veinte mayores ciudades del planeta.

3. Cfr. *Anales*, 3 (1992); J. Caro Baroja, *La ciudad y el campo*, Barcelona, 1966; y *Paisajes y ciudades*, Madrid, 1981.

4. De acuerdo con el citado informe, el director ejecutivo del FNUAP señala que, en las actuales condiciones, «la urbanización no constituye una ventaja», ya que este fenómeno al suponer un proceso masivo de inmigración que vacía la capacidad productiva de las áreas rurales, lleva a las ciudades a convertirse en «estructuras de cartón piedra incapaces de soportar un proceso autosostenido de industrialización».

5. A. Doxiadis, «El drama urbano», *Los domingos de ABC*, 9 de enero de 1972.

6. «Soportamos la ciudad en transición actual, la sinrazón vital del ser ciudadanos sin ciudad, acosados por normas e instituciones que solidifican nuestras conciencias y elevan a categoría el resentimiento. Víctimas de la ciudad-sin ciudad, sus habitantes (se) acogen al poder de la ficción, al exabrupto social o la marginalidad política, asediados por la irracionalidad de la gestión política y la astucia económica», A. Fernández Alba, «Ciudades en el horizonte», *Diario 16*, 20 de mayo de 1989.

7. R. Bofill, «El urbanismo en el fin de siglo», *Diario 16*, 29 enero 85.

8. Madrid experimentó entre 1984-1988 un crecimiento en los precios de la vivienda del 197%. Cfr., J. Roca, «La quimera del suelo», *El País. Temas de nuestra época*, 27 de abril de 1989.

9. E. Baker, *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*. Barcelona, 1991, pp. XII-XIII.

10. R. Castro, *Civilisaton urbaine ou barbarie*, Paris, 1994.

11. En ellas, «ganamos la oportunidad de estar en la vanguardia de la evolución del ser humano, la oportunidad de enfrentarnos con nuevas ideas, nuevas modas, nuevas comunidades, nuevos estilos de vida, y la oportunidad de vivir los cambios históricos y la cultura. Eso es lo que gana uno por vivir en la ciudad. El precio que uno paga, en parte es ése: la inseguridad y la insolidaridad». Cfr. L. Rojas Marcos, *La ciudad y sus desafíos*, Madrid, 1992.

12. «En los últimos cincuenta años la degradación de los monumentos y del patrimonio han sido 30 veces mayores que en los trescientos o cuatrocientos años anteriores», declara María Teresa de Lara, Coordinadora del Encuentro Europeo sobre Patrimonio Histórico-Artístico, celebrado en Madrid en

de degradación¹³: «Se trata de zonas frágiles muy sensibles a las actuaciones y en constante peligro»¹⁴, cuya pérdida o deterioro abruma a Krier: «sin los paisajes, edificios, ciudades y valores tradicionales, nuestro planeta podría ser una pesadilla global»¹⁵.

La ciudad es una realidad compleja al incidir sobre el «hecho residencial» múltiples referencias, lo que supone su contemplación por las más variadas disciplinas: geografía, antropología, ecología urbana, economía, ética, arquitectura, semiótica¹⁶... y la aparición de incontables teorías, difícilmente reconducibles a un planteamiento global, capaz de dotarlo de unidad y coherencia, integrando las variables demográficas, económicas, ocupacionales, ideológicas... Entre los intentos, hay que recordar el estudio pionero de Louis Wirth, quien, definiendo la ciudad como «un establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos», considera que el urbanismo, en tanto modo característico de vida, debe ser enfocado empíricamente a partir de tres puntos de vista interrelacionados: 1) como una estructura física que comprende una base de población, una tecnología y un orden ecológico, 2) como un sistema de organización social que involucra una estructura social característica, una serie de instituciones sociales y una pauta típica de relaciones sociales; y 3) como un conjunto de actitudes e ideas, y una constelación de personalidades comprometidas en formas típicas de conducta colectiva y sujetas a mecanismos característicos del control social¹⁷; el esfuerzo de Lefevre por construir una teoría crítica en la que suelo y espacio dejen de ser una mercancía para convertirse en un bien social¹⁸; el modelo de la *ciudad integral*, que

1992. Cfr. *Diario 16*, 20 de noviembre-92. «Un callejero adecuado para una ciudad de siglos pasados tiene que servir a la ciudad de nuestros días y en muchos casos dar cabida a actividades generadoras de transporte y usos poco aptos para la calidad ambiental del centro histórico», *Programa de actuación en ciudades históricas*, MOPT, s.f.

13. Cfr., siquiera sea justo señalar la mejora considerable experimentada por nuestra ciudad en los últimos tiempos. L. Martín Retortillo, «Salamanca, la violencia urbanística», *Cuadernos para el Diálogo*; F. Miranda Regojo, «Desarrollo urbanístico de posguerra en Salamanca», *Urbanismo e historia urbana en España, Revista de la Universidad Complutense*, XXVIII, 115 (1978), pp. 239-249; P. Morillo Rocha, «Reflexiones sobre la destrucción de la ciudad antigua de Salamanca», *Ibid.*, pp. 251-278. La prensa se hace continuamente eco de tropelías y abandonos: «El Ayuntamiento contempla impasible la ruina del Valladolid histórico», *ABC*, Castilla y León 16-9-92; «León busca la colaboración popular para evitar la ruina de su Catedral», *ABC*, Castilla y León, 16-11-92, etc.

14. *Programa de actuación en ciudades históricas*.

15. L. Krier, «Lecciones reales», *El País*, 11 de mayo de 1986.

16. Cfr. C. Aymonino, *El significado de las ciudades*, Madrid, 1981; M. Castells, *Los problemas de investigación en sociología urbana*, Madrid, 1973; T. Paquot, *Homo Urbanus*, Paris, 1990; A. Rapoport, *Aspectos humanos de la forma urbana*, Barcelona, 1978; D. Harvey, *Social Justice and the City*, Nueva York, 1973; A. Lagopoulos, «Analyse Sémiotique de l'Agglomération Européenne Précapitaliste», *Sémiotique*, 23 (1978); un «dossier» sobre «Higiene e intimidad», con artículos de Mario Praz, Walter Pater, Peter Gelichman, Susan Sontag y Karl Schorske, en el n° 5 de *Urbí*, revista de historia y sociología de las ciudades.

17. L. Wirth. *El urbanismo como modo de vida*, Buenos Aires, s.f.

18. La mayor parte de sus libros, *El derecho a la ciudad*, *De lo rural a lo urbano*, *Espacio y política*, etc., han sido traducidos al español.

permita pensar y actuar en la ciudad desde *dentro* y desde sus diversas partes, revisando y conectando sus funciones, a la vez que se abre paso la concepción de los países como sistemas coordinados de ciudades: éstas, dirá Delors, en cuanto «intermediarios indispensables entre un poder que se aleja, con problemas que se complican, y sus ciudadanos», constituyen «los elementos esenciales de la construcción de la Europa auténtica»¹⁹, etc. Sin embargo, teniendo en cuenta que «el interés por comprender la realidad, lo que está ahí y como ha llegado a serlo, lo recibido y lo que es diariamente vivido, introduce una conciencia de lo complejo que trasciende de la posibilidad de un discurso completo y unitario»²⁰, y por cuanto la ciudad es, en su sentido más profundo, *histórica*, resulta necesario, tal como señalara Geddes hace ya casi un siglo, encuadrar el problema urbano en su entidad geográfica e histórica²¹.

La ciudad es, pues, un *ser histórico* que, en cuanto tal «participa naturalmente de los cambios y mudanzas de la historia y refleja perfectamente el devenir de la aventura humana, aunque muchas veces y dependiendo de las circunstancias esta adaptación al momento histórico pueda producirse con ritmos muy diversos»²². La ciudad vive en movimiento continuo, haciéndose y deshaciéndose, transformándose en sus estructuras físicas y sociales, en las formas de habitar²³, adquiriendo en este proceso una *señas de identidad* que son la clave de su personalidad y cuyo conocimiento resulta imprescindible para fundamentar una auténtica participación ciudadana,

19. Cfr. P. Maragall, «Regiones y ciudades en Europa», *El País*, 3 de febrero de 1993; J. Clos, «La red europea de ciudades», *La Vanguardia*; T. Jiménez Araya, «Continuidad y cambio en el desarrollo urbano contemporáneo», *El País*, 21 de mayo de 1986. Para una crítica de la política urbanística del socialismo francés, más o menos continuada por los conservadores, cfr. G. Chevalier, «Le social réduit à l'urbain», *Le Monde*, 2 juillet 1993

20. J.L. de las Rivas, *El espacio como lugar. Sobre la naturaleza de la forma urbana*, Valladolid, 1992, p. 97

21. P. Geddes, *Ciudades en evolución*, Buenos Aires, 1960, cit. por J.L. de las Rivas, op. cit., pp. 82 y ss.

22. F. Chueca, *Breve historia del urbanismo*, Madrid, 1970, p. 217. Sobre *Historia urbana*, cfr. M. du Camp, *Paris, ses organes, ses fonctions et sa vie jusqu'en 1870*, ed. fac-simil, Rondeau, 1994; L. Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, édition établie sous la direction de Jean-Claude Bonnet, Mercure de France, 1993; C. Flores, *Ciudades de Europa*, Madrid, 1992; P. Guiral y P. Amargier, *Histoire de Marseille*, Mazarine, 1983; L. Benevolo, *The European city*, Oxford, Blackwell, 1993; R. Porter, *London. A social history*, Hamish Hamilton, 1994; A. Read y D. Fisher, *Berlin. The biography of a city*, Pimlico, 1994. V.V.A.A., *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, VIII coloquio de Historia contemporánea de España, dirigido por M. Tuñón de Lara, edición al cuidado de J.L. García Delgado, Barcelona, 1992; S. Juliá, D. Ringrose y C. Segura, *Madrid, Historia de una capital*, Madrid, 1994; A. Fernández García (director), *Historia de Madrid*, Madrid, 1993. E. Baker relaciona la visible subida de nivel de los estudios sobre Madrid con «la crisis y desaparición del franquismo y la paulatina creación en España de formas de vida política y social homologables a los imperantes en el resto del occidente europeo», op. cit., p. XII.

23. Cfr. M. Perrot, «La evolución de lo cotidiano en la vivienda moderna. Modos de habitar». *La Gaceta*, 26 de marzo de 1993; «El pulso de las ciudades». Temas de nuestra época. *El País*, 16 abril de 1992.

sin la que no cabe concebir hoy ningún proyecto de renacimiento de un ambiente urbano «civilizado». Reinterpretación histórica, supone conciencia de la singularidad de los fenómenos urbanos, y, por tanto, búsqueda de un equilibrio entre viejas y nuevas estructuras, entre cambio y tradición²⁴, evitando, en consecuencia, *lecturas estáticas* de la ciudad, nostalgias historicistas²⁵.

4. LA HISTORICIDAD DE LA URBE

La concepción de la ciudad como ser vivo, como realidad histórica, nos lleva, primeramente, a una orientación hermenéutica, fundada en Gadamer, del pensar urbano, capaz de integrar lo histórico y lo vital²⁶; después, a la recuperación de la idea de «lugar» que supone una determinada relación «entre el análisis urbano y el proyecto»; finalmente, y en consecuencia, a fundamentar una actuación sobre la ciudad acorde con las exigencias de nuestro tiempo, pues «únicamente el amor por sus signos de identidad, por su estructura física, creará la relación necesaria entre los ciudadanos y su ciudad»²⁷.

Orientación hermenéutica del pensar urbano

La hermenéutica en cuanto comprensión de que algo sea como es porque así ha llegado a ser²⁸, pretende, en términos de Rivas, «desarrollar un conocimiento que proporcione al moderno punto de vista del hacer, del producir, alguna luz sobre las condiciones necesarias bajo las que él mismo se encuentra (...) un sentido para lo hacedero, lo posible, lo que está bien aquí y ahora». Es decir, «lo que recupera

24. En un libro excepcional, *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el mundo antiguo* (Madrid, 1985). Joseph Rykwert, resalta la transcendencia de los mitos fundacionales de las ciudades. En 1992 se celebró en Madrid una exposición que con el título de «Tradición y cambio en seis ciudades europeas», mostraba la evolución de Londres, París, Berlín, Madrid, Barcelona y Sevilla.

25. «Los que al principio reclamaron una forma urbana adecuada centraron su atención en la recuperación de los valores de la sociedad preindustrial, recuperación que más allá de la nostalgia pondría una singular relación con lo histórico», J.L. de las Rivas, op. cit., p. 13. Tal es, en efecto, llevada al límite, la opinión de Leonardo Benevolo, al considerarse la ciudad histórica como ciudad «única», mientras que el resto es algo que «hay que barrer porque está infectado y enfermo de especulación», L. Quaroni, Prólogo a M. Cerasi, *El espacio colectivo de la ciudad. Construcción y disolución del sistema público en la arquitectura de la ciudad moderna*, Barcelona, 1990, p. 7. Una aproximación a los problemas de la ciudad decimonónica en J.M. Merriman, *Aux marges de la ville, Faubourgs et banlieues en France* (1815-1870), Seuil, 1994.

26. Cfr. H.G. Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica* (Trad. de A. Agud y R. de Agapito), Salamanca, 1975. A. Domingo Moratalla, *El arte de poder no tener razón. La hermenéutica dialógica de Hans Georg Gadamer*, Salamanca, 1991

27. R. Bofill, op. cit.

28. Cfr. H.G. Gadamer, op. cit., p. 33.

Gadamer es el concepto clásico de conocimiento práctico (...) un hacer fundado en un saber específico, y lo recupera además incorporando la perspectiva histórica en el hecho de la comprensión»²⁹. La tradición emerge, así como realidad viva incorporada a la propia experiencia³⁰, afirmándose la historia, de acuerdo con Croce, como un acto de comprensión e inteligencia, estimulado por una necesidad de la vida práctica, lo que permite superar el presunto cientifismo empírico-sociológico, criticado por Apel³¹.

Recuperación de la «idea de lugar»

La ciudad, nos dice de las Rivas, no es «un simple problema pragmático». La ciudad es un «lugar», en que se integran muchos «lugares» jerarquizados, vinculados a la historia, al «genius loci», es un «lugar» para «habitar», entendiendo «habitar» en el sentido de «disponer y preservar», de ordenar y cuidar, que Heidegger da al término³². El «sentido del lugar» supone, desde la conciencia del espacio concreto, de la comprensión funcional, mantener su identidad, porque los lugares, dice Heidegger «dan su sitio al mundo», permitiendo acceder a él, ordenándolo, arraigándonos. Ser hombre significa, pues, «habitar». La ciudad es «vida objetivada», el «lugar» es, entonces, un espacio, un ámbito físico y simbólico, histórico y literario, cuyo conocimiento, desde la imprescindible exigencia de «aprender a ver» es para el ciudadano una tan necesaria como gozosa experiencia. La ciudad se nos muestra, a partir del concepto de «lugar», como «la realización tangible de los valores espirituales y materiales de una civilización» (L. Krier).

Fundamentación de un proyecto urbano

Todo proyecto urbano, toda actuación sobre la ciudad, sólo tiene sentido si se fundamenta en «el reconocimiento e identidad de un territorio y su contexto his-

29. J.L. de las Rivas, op. cit., p. 136

30. «No creo que entre tradición y razón haya que suponer una oposición tan incondicional e irreductible (...) la tradición siempre es un momento de la libertad y de la historia. Aún la tradición más auténtica y venerable no se realiza, naturalmente, en virtud de la capacidad de permanencia de lo que de algún modo ya está dado, sino que necesita ser afirmada, anunciada y cultivada», H.G. Gadamer, op. cit., p. 249.

31. Cfr., M. Waisman, *La estructura histórica del entorno*, Buenos Aires, 1977. Cit. por J.L. de las Rivas, op. cit., p. 100. Para K.O. Apel, «la exigencia de sustituir la formación histórica por la información empírico-sociológica, en nombre de lo socialmente relevante constituye un grave síntoma de confusión epistemológica», *La transformación de la filosofía*, vol. II. Cit. por A. Domingo Moratalla, Introducción a H.G. Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, 1993, p. 37.

32. Op. cit., esp. pp. 17 y ss. y 37 y ss. El texto fundamental, «Construir, habitar, pensar», en M. Heidegger, *Conferencias y escritos*, Barcelona, 1995.

tórico geográfico: La articulación de las partes y sus relaciones, su jerarquización espacial, las rupturas y yuxtaposiciones, las diferencias de carácter, la superposición de funciones y significados. La forma del proyecto se apoya en el conocimiento y valoración de su contexto, en una relación estable y definida con éste»³³. La cultura democrática exige además respeto esencial para los hombres que viven en la ciudad y participación colectiva, institucionalmente organizada en el proyecto urbano, a fin de asegurar que la vida cotidiana se desarrolle en un ambiente humano y que el patrimonio cultural de la ciudad sea colectivamente disfrutado. La ruptura con el período inmediato en el que reinó indiscutido el «funcionalismo antihistoricista», resulta así manifiesta: «Con retraso, en la segunda mitad de los ochenta —escribe Lamela— empezamos a aceptar la nueva corriente mundial de recuperación de la «memoria» del pasado, con valoraciones diferentes, iniciándose un cambio conceptual, con el riesgo incluso de caer en el otro extremo: el «folklorismo», que no deja de ser menos peligroso»³⁴. Las nuevas corrientes llevan a la recuperación y potenciación, lo que exige un riguroso control público, imposible sin la exigencia ciudadana³⁵, de los centros históricos cuya vida debe mantenerse, conjugando la monumentalidad con la vivienda, el comercio y los servicios³⁶, y cuidando su protección ambiental³⁷. Los cascos históricos son parte esencial del paisaje urbano, cuyos monumentos o lugares simbólicos definen muchas veces para los visitantes,

33. Ibid, p. 169

34. A. Lamela, «Ciudades», *Diario 16. 1976/1992*, p. 109; Cfr., para una crítica del retorno de elementos históricos innecesarios, «retóricos» en arquitectura, N. Pevsner, «El retorno del historicismo», en *Estudios sobre arte, arquitectura y diseño*, Barcelona, 1983.

35. Fue la opinión pública, crecientemente conservacionista, la que impidió, en 1985, que «el impecable edificio de vidrio y bronce», diseñado por el genio de Mies van der Rohe para edificio de oficinas en la City de Londres, llegara a construirse, pese al apoyo del gremio de arquitectos, al considerar que un edificio, excepcional en sí mismo, alteraba gravemente el «clima urbano» producido por las obras de Christopher Wren, George Dance, John Vanbrugh y Edwin Luytens.

36. El alcalde de Santiago de Compostela señalaba, al proponer un estatuto especial para su ciudad que «el carácter monumental del centro urbano, reconocido desde la declaración de conjunto histórico-artístico en 1940, exige no limitarse a un tratamiento singular de edificios monumentales, como se venía haciendo tradicionalmente, sino intervenir sobre las condiciones de uso y funcionalidad de los inmuebles del centro histórico. La protección y rehabilitación de un conjunto histórico grande, complejo y en uso trasciende las acciones meramente conservacionistas para incidir de lleno en la política urbanística y de vivienda». *El País*, 2 de octubre de 1992. Más adelante, insistía, «el centro histórico tiene que asumir roles urbanísticos que en este momento no tiene, sobre todo de usos que queremos otorgarle a través de la arquitectura. Como se han llevado a cabo políticas excesivamente proteccionistas, es posible seguir actuando. Hay que tocar, porque la mejor conservación es la que aporta algo». *El País*, 17 de enero de 1993.

37. En el «Encuentro Europeo sobre Patrimonio Histórico-Artístico y Contaminación», se exigía la reducción radical del tráfico en los centros históricos, poniéndose como ejemplo de ciudades históricas contaminadas, Atenas, Madrid y Roma. *El País*, 20 de noviembre de 1992. En Santiago de Compostela, las actuaciones sobre la zona antigua han obedecido a los siguientes criterios: la necesidad de rellenar los espacios vacíos del interior, rehabilitar tanto el exterior como el interior de las viviendas, dar usos complementarios a la arquitectura monumental y decretar como *zona peatonal el*

e incluso para los habitantes, la percepción de la ciudad³⁸ y deben ser siempre considerados dentro del conjunto de la red urbana³⁹.

5. POÉTICA DE LA CIUDAD Y «LUGARES DE MEMORIA»

Restaurada su *historicidad*, recuperamos, por de pronto, el «valor documental» de la ciudad cuya vida «encuentra en la descripción de 'como ha llegado a ser lo que es' una referencia clara»⁴⁰. Y también, lo que es fundamental, podemos retomar, rehacer, elaborar, todo a la vez, una «poética urbana» que adquiere su dimensión historiográfica con los llamados, aún cuando el término tenga, como veremos después, una mucho más amplia dimensión, «lugares de la memoria»⁴¹.

La *poética urbana* no significa tanto una teoría sobre la ciudad cuanto un enfoque, un punto de vista, una propuesta, compatible, obviamente, con otras, pero

conjunto del centro monumental. Esta medida que entró en vigor el 1 de marzo de 1993 despertó la consabida polémica. Como ejemplos clásicos de ciudades que han limitado drásticamente la circulación del vehículo privado en el Centro, no sin un duro debate técnico y ciudadano, suelen citarse a Munich, capital de Baviera, cuyas guías de turismo aconsejan «El corazón de la ciudad es el paraíso de los peatones. No se complique la vida conduciendo» y Bolonia. *El País*, 15 de noviembre de 1992.

38. Cfr. J. Pastié y B. Dézert, *La ville*, Marrou, Paris, 1991, esp. pp. 387-398. Además, la ciudad óptima, armónica alternancia de contactos y soledades, debe cuidar también, en expresión de Luis Martín Santos, «la calidad y el equilibrio sonoro» e integrar las plantas como algo que, trascendiendo lo meramente decorativo, forma parte de una estructura urbana humanizada (R. Folch).

39. «Estas consideraciones, resume Cerasi, junto con la afirmación de que el núcleo histórico de la ciudad moderna en ningún caso puede ser considerado como una 'ciudad individual' tienen una repercusión profunda sobre el método de conservación de los núcleos históricos, cuando éstos no quedan aislados del resto de la red urbana. Derivan de ello condiciones para el modo de delimitar y de definir las unidades de intervención», op. cit., p. 66. Ejemplos de restauración de barrios o lugares históricos: las murallas de Urbino, recuperadas por De Carlo «para hacer un recorrido público, peatonal y panorámico, sirviendo de enlace a las dos colinas que delimitan su intervención», el Euroforum de El Escorial, ejemplo de adaptación a nuevos usos de un edificio histórico o la reconstrucción del Chiado de Lisboa por Alvaro Siza, manteniendo una arquitectura exterior leal al clasicismo pombalino y estableciendo nuevas soluciones para resolver los problemas de uso y comunicación, etc. Mucho más dudosa resulta la reconstrucción del teatro romano de Sagunto. Para una crítica de la concepción pseudomonumentalista de Madrid durante el franquismo y los problemas actuales de la ciudad, cfr. E. Baker, op. cit., pp. XII-XIII.

40. Agrega de las Rivas que «la consideración de lo histórico admite la comprensión de lo urbano en un contexto más amplio, capaz de trascender la limitación de la experiencia fragmentaria al permitir ensanchar el marco de relaciones. Decir que el paisaje está construido históricamente significa, además de la capacidad de distinción, la consideración de que la geografía está replanteada continuamente desde nuestra experiencia cultural», op. cit., p. 100.

41. Esta nueva forma de «hacer historia» se vincula al nombre de Pierre Nora, quien ha dirigido, con el indicado título, la magna empresa de su recuperación en Francia. Hasta el momento han aparecido un volumen dedicado a *La República*, tres a *La Nación* y, a finales del 92, otros tres, bajo el título de *Les lieux de la memoire*, III. *Les France*. 1. *Conflicts et partages*. 2. *Traditions*. 3. *De l'archive à l'emblème*, todos ellos en la editorial Gallimard.

imprescindible, para su conocimiento. Conlleva tomar posesión simbólica del patrimonio cultural urbano, sin el que no hay memoria posible⁴², identificando y localizando personas —los hombres que física y espiritualmente hicieron la ciudad— acontecimientos, situaciones... encuadrados en su pertinente paisaje, para lo que habremos de recurrir a la historia y al documento, a la literatura y a la imaginación, al monumento arquitectónico o escultórico, al cuadro y al grabado, a la fotografía... en una plural y compleja *lectura*.

El análisis urbano, por tanto, no puede prescindir —consideremos lo más intangible— de las referencias literarias, cinematográficas o fotográficas. Las *referencias literarias* —toda ciudad es «literatura»— son incontables. En realidad hay escritores ligados a una ciudad por tan estrechos lazos que basta pensar en uno o en otra para que la asociación surja inmediata: Alejandría y Kavafis —es *Epolis* nos dice Trapiello, uno de los poemas «donde mejor está expresada la idea de ciudad y la ciudad en sí misma, lo que entendemos en el fondo de nuestro corazón por ciudad y el sueño que creemos adivinar en todas y cada una de las ciudades que nos tientan con su lejanía, su belleza o su imposible hospitalidad»⁴³ —Joyce y Dublín; Pessoa y Lisboa; Chander y Los Angeles; Dashiell Hammet y San Francisco; Döblin y Berlín⁴⁴; Eduardo Mendoza y Barcelona; Himes y Harlem; Moravia y Roma; Proust y París; Kafka y Praga; Musil y Viena; Bernhard y Salzburgo; Virginia Woolf y Londres; Carpentier y La Habana⁴⁵; Wolfe y Dos Passos y Nueva York⁴⁶; Santander y Pereda⁴⁷; Oviedo y Clarín; Marsella, tan distinta en el *Noé*, de Giono,

42. M.A. Macciocchi; «El patrimonio y la historia», *El País*, 28 de enero de 1993.

43. «Un Madrid», *Revista de Occidente*, 128 (enero, 1992), p. 137.

44. Comenta Ricardo Bada que el *Berlín* (Barcelona, 1992), de Ignacio Sotelo es un libro sólido, más bien obra de funcionario berlinés que de profesor madrileño: «De la ecuación Berlín-Ignacio Sotelo, la verdad es que uno esperaba más que un libro donde en el capítulo dedicado a los cementerios no figura para nada una tumba peregrinable: la de Rudi Dutschke», *Diario 16*, 3 de diciembre de 1992.

45. Hay, además, tantas ciudades como miradas creadoras: está La Habana, reproducida «con una exactitud neoclásica y una brillantez barroca» por Carpentier y la intangible, intemporal, transmutada en trama interior, de Lezama Lima. Cfr. «La ciudad como origen y marco literarios», *La Vanguardia*, 21-julio-1989; J. Lezama Lima, *La Habana*, Madrid, 1991.

46. Sobre los rascacielos, imagen de Manhattan y símbolo máximo de la arquitectura del siglo XX, cfr. A.L. Huxtable, *El rascacielos. La búsqueda de un estilo*, Madrid, 1989.

47. Santander y sus hombres: «En el último tercio del siglo pasado se produjo en Santander una floración de talentos locales, algunos de los cuales fueron nacionales e incluso universales, caracterizados por su espíritu constructivo, su capacidad de ilusión e imaginación, hasta de optimismo frente a los reveses de la vida, los sinsabores personales y el ambiente desanimado de la España finisecular (Menéndez y Pelayo, Pereda, R. Macías Picavea, Sanz de Sautuola, González de Linares, Torres Quevedo, el marqués de Comillas, el marqués de Valdecilla) (...) Pienso que tal vez la lección creadora y positiva de esa brillante generación haya podido influir en el mantenimiento de un espíritu que permitió a la ciudad sortear las tormentas (explosión del «Cabo Machichaco» en 1893, la Guerra Civil, el incendio de 1941) con las que se encontró en aquel medio siglo borrascoso y destructor». A. de la Serna, «Memoria de Santander, ciudad abierta», *ABC*, 28 de agosto de 1992. Para el Santander posterior a la Guerra Civil, v. A. García Cantalapiedra, *Desde el borde de la memoria*, Santander, 1991.

L'Homme à la main coupée, de Cendrars o en *Transit*, de Anne Shegers; Galdós y Madrid⁴⁸; Unamuno y Salamanca⁴⁹ ... *La fotografía*: Doisneau, Izis, Ronis, Cartier-Bresson o Boubart han «creado» París⁵⁰ y no cabe hacer la historia moderna de la *Ville Lumière* sin Charles Marville⁵¹ o la de nueva York sin James E. Abbe ni recordar la América de la Gran Depresión sin John Gutman.... El *cine*, en fin: hace unos años una original exposición evocaba las ciudades a través de películas en un montaje que llevaba de París a Nueva York, de Tokyo a Berlín, del pasado al presente... haciendo perdurable la memoria⁵².

La nueva visión de la ciudad en la que realidad y poesía se entrecruzan, en la que lo histórico y lo literario se funden, en la que el documento no cierra el paso al lirismo, corresponde a una cierta y creciente sensibilidad contemporánea para la que un pasado vivo, una tradición conscientemente elegida, constituye la mejor

48. Galdós -nos dice Baker- noveló Madrid, «dotándolo por vez primera de una auténtica y eficaz poética de la existencia urbana», tal como muestra ejemplarmente, la descripción de la Carrera de San Jerónimo, en la *Fontana de Oro*: «Frente a la reproducción arqueológica y a la descripción costumbrista, hay en estas páginas una visión histórica y narrativa. La Carrera de San Jerónimo es una representación microcósmica de una sociedad estamental aún resistente que a lo largo de la novela defenderá los intereses sociales y los principios políticos y religiosos del antiguo régimen. Salta a la vista, pues, el propósito del joven escritor de abordar Madrid como espacio simbólico en que, de forma relativamente coherente en la narrativa española contemporánea, se problematiza simultáneamente la historia -transición de la sociedad estamental a la burguesa- y la narrativa -espacio urbano cotidiano donde se pondrá en juego el destino de los personajes». Op. cit., pp. 123-124. V. los textos de Rosa Chacel, E. Garrigues, R. Gaya, J.L.L. Aranguren, G. Menéndez Pidal, S. Ortega, E. Haro Tecglen, A. Amorós, J. Cruz, A. Puertolas, M. Soriano, A. Trapiello, A. Urretabizkaia, recogidos bajo el título de «Memoria e Invención de Madrid», en *Revista de Occidente*, 128, pp. 91-143.

49. En un libro espléndido Luciano G. Egido, nos muestra la relación de Don Miguel y Salamanca: «su real nacimiento, su verdadera llegada a la vida, coincidirá con su llegada a Salamanca». Salamanca/madre, será, de arriba a abajo recreada por Unamuno: «Su obra abunda en paisajes de Salamanca, pero no tanto porque los conocía y los había vivido, como porque los había creado, porque expresaban lo que él quería que expresaran, porque hasta cierto punto eran los paisajes los que le habían creado a él, que a su vez los había creado, en una dialéctica repetitiva, en un juego infinito de espejos reflejados (...) Con expresión justa el profesor Real de la Riva dijo que Salamanca había sido «hija y madre de Unamuno». *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, Salamanca, 1983.

50. El gran fotógrafo se ha expresado así: «(...) no soy la persona idónea para decir lo que sea la poesía, pero todos sabemos que en ese París inmutable, a dos pasos de aquí, en la Isla de Saint-Louis vivía Baudelaire. En las calles resuenan los pasos de todos los poetas que nos han precedido. Eso es París para mí, es el París de los poetas, de los cantantes, de los músicos; París es nuestra ciudad, nuestra cuna, sin todos lo que han pasado por aquí. El fotógrafo es sólo un transeúnte más. Somos todos seres vivos».

51. Marville realizó por encargo oficial más de 800 fotografías de París, antes, durante y después de la reforma de Haussman, que constituyen un documento único de la ciudad de Victor Hugo y Eugenio Sue.

52. Cfr. O. Dollfus, «Cités-Cinés: Exposition spectacle a la Grande Halle de la Villette», *L'Espace géographique*, T. 16 (1987).

defensa para humanizar el presente e impedir un futuro degradado. ¿Cómo explicar si no el éxito de *El Danubio*? En la estela de Claudio Magris se reedita *Rues de Berlin et d'ailleurs*, de Siegfried Kracauer⁵³, tan cercano a Benjamín, y se publican recientemente obras como *L'amour des villes*, de Bruno Fortier, *Villes de Habsbourgs*, de Thomas Medicus o *Caen, des pages, des pas: promenades littéraires*, de François de Cornier, quien, comenta Frémont, mezcla en el libro «sus propios recuerdos, el tiempo de la historia y los textos literarios, como si una ciudad debiera estar hecha de una sociabilidad discreta, de encuentros furtivos, de sensibilidad hacia las nubes y las piedras, hacia los hombres ilustres y los desconocidos de la historia, hacia el tiempo que pasa y hacia su inmovilidad. Con Cornier uno se detiene ante la Prairie o ante l'Abbaye des Hommes, pero se hace también una pausa en un cementerio desconocido y uno se cruza con Barbey d'Aureville, Simone de Beauvoir, Flaubert, Julien Gracq, Francis Ponge, Malherbe... sin olvidar la venta de helados del Grand-Cours...»⁵⁴. Esta nueva visión urbana adquiere categoría historiográfica encuadrada en la llamada *revolución de los lugares de memoria*, conceptualizada por Pierre Nora. Los *lugares de memoria*, a veces materiales y siempre inmateriales, abarcan monumentos, paisajes, lugares... y también fórmulas, representaciones, lemas, fiestas, emblemas, conmemoraciones, fechas... muchas veces relacionados o creados por personajes concretos. Trabajar sobre la memoria, dando vida al pasado, es inseparable del momento concreto en que vivimos, correspondiendo al historiador «rehacer, para los hombres de hoy, una memoria habitable y hecha a la medida del porvenir que ellos quieran trazar». La especificidad de este tipo de historia —su riesgo, en lo que ahora nos importa, sería la conversión de la ciudad en museo— en ser, a la vez, intelectual, erudita y popular, porque «arranca, sí, de la memoria colectiva, pero para profundizarla, verificarla, esclarecerla. Los *lugares de memoria* nos hablan de temas muy concretos, muy familiares, que todos conocemos». Esta historia, en fin, al margen de los importantes problemas teóricos que supone: relaciones entre la memoria y la historia, mecanismos de la memoria colectiva, construcción histórica de la tradición... nos devuelve nuestra identidad colectiva⁵⁵ permitiéndonos, en términos de Heidegger y Bollnow, «redescubrir el mundo».

La historia de Salamanca, desde esta perspectiva —siempre se está rehaciendo la Historia— está por hacer, siquiera muchísimos materiales están ahí, sentidos, vividos, escritos: Salamanca, modelo de casco urbano funcional, es «también» una Salamanca «íntima, hecha de retazos y caprichos», a la que Don Miguel dio una densidad lírica que cualquier proyecto urbano debe considerar y respetar. Los textos reunidos en este volumen de *Salamanca* nos acercan a la ciudad, a través de

53. *Le Promeneur*, Paris, 1995; sobre Kracauer, cfr. E. Traverso, *Itinéraire d'un intellectuel nomade*, Paris, la Découverte, 1995.

54. «La ville aujourud'hui», *Le Monde*, 6 janvier 1995

55. «La révolution des lieux de mémoire», Entrevista de P. Lepape a P. Nora, *Le Monde*, 5 février, 1983.

algunos de sus hombres, de sus vidas y quehaceres: quedan sus monumentos, las obras que hicieron, los sucesos que protagonizaron, la personal manera en que vivieron la ciudad, el recuerdo todavía muy vivo que muchos dejaron. Se acrecienta así una *memoria colectiva* que, dando calidad a la vida cotidiana, permite evolucionar sin destruir el espíritu de la vieja ciudad, el «depósito histórico de innumerables vidas conservadas y misteriosamente presentes» (J. Marías).